

ESCRIBIR COMO MUJER EN MEDIO DE LA HOSTILIDAD

Itandehui Juárez-Acevedo

ICSyH-BUAP

ita.juav@gmail.com

RESUMEN

El artículo analiza algunos elementos de la estructura patriarcal que han dificultado y limitado la creación escrita de las mujeres, así como las estrategias que ellas han desplegado para producir formas distintas de redacción. El texto muestra, en primer lugar, la necesidad de construir genealogías femeninas para nutrir conocimientos concretos y situados. Posteriormente, desarrolla cómo la mirada masculina invisibiliza la existencia de las mujeres y, por lo tanto, facilita la expropiación de sus creaciones; finalmente, se revelan algunos de los caminos que ellas han transitado para habitar de otra forma la escritura y organizar su experiencia vital.

PALABRAS CLAVE

MUJERES, ESCRITURA, PATRIARCADO, CONOCIMIENTO, SENSIBILIDAD

ABSTRACT

The article analyzes some elements of the patriarchal structure that have hindered and limited women's writing as well as the strategies that they have deployed to produce different forms of writing. The text shows, first of all, the need to construct feminine genealogies to nurture concrete and situated knowledge; subsequently, it develops how the male gaze makes women's existence invisible and, therefore, facilitates the expropriation of their creations; finally, some of the paths they have taken to inhabit writing in different way and to organize their life experience are revealed.

KEY WORDS

WOMEN, WRITING, PATRIARCHY, KNOWLEDGE, SENSIBILITY

Introducción

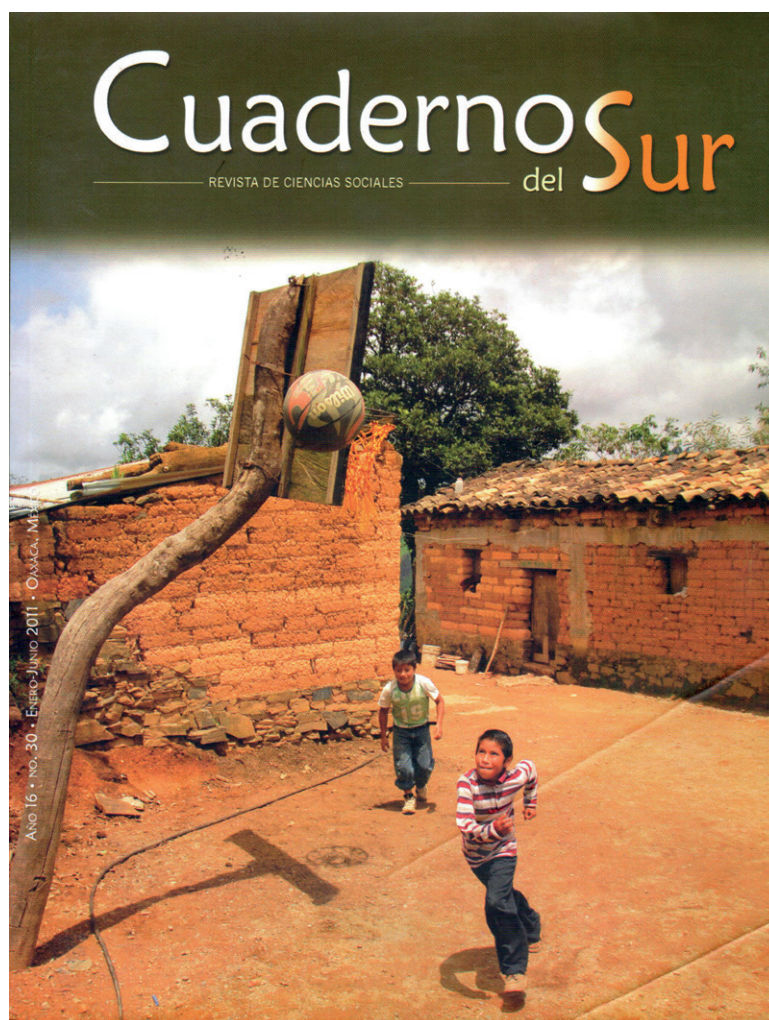
Escribir requiere acercarse a la sensibilidad y observar cómo reacciona el propio cuerpo cuando se encuentra frente a algo que provoca curiosidad o incomoda. Luego, implica dedicar un largo tiempo a generar conexiones analíticas que permitan profundizar en el tema. Al escribir, al plasmar cada letra, surgen preguntas que van y vienen mientras motivan la indagación aguda para construir y ampliar la comprensión de aquello que nos interesa. Pero no a todas las personas nos saltan las mismas interrogantes, ni nos indignamos por la misma razón. Escribir supone prestar atención a cómo sentimos.

Este texto nació como parte de un ejercicio analítico-reflexivo sobre la vitalidad de recorrer a contrapelo la historia (Benjamín, 1942), para reconocer algunas de las genealogías creativas de las mujeres. Propongo observar los procesos de escritura insertos en la estructura patriarcal para rastrear cómo ha sido formada la mirada a través de la cual percibimos lo que nos sucede y lo que ocurre a nuestro alrededor, así como las luchas que hemos desplegado en el intento por construir sentido desde y para nosotras.

El punto de partida: ¿quién escribe?

El ejercicio de escribir nos invita a transitar de vuelta el camino por el que construimos nuestra percepción del mundo, nos lleva a comprender cómo aprendimos a mirar y por qué generamos ciertas preguntas y no otras. Escribir requiere reconocer las coordenadas desde las que se da nombre y cuerpo a un texto. Ésta es una de las grandes herencias que los feminismos nos han dejado, un aprendizaje vital para hacer ciencia: partir de un punto de vista implica situar el conocimiento (Haraway, 1995; Harding, 1998). Siguiendo ese fin, en este aparatado intento mostrar cómo fueron sembradas las palabras que ahora se cosechan.

El texto aquí presentado es producto de la mirada de una mujer de 29 años, para ser más precisa, de una hermana mayor que nació y creció entre las montañas de la



Sierra Norte de Oaxaca, en una familia que migró hacia la ciudad en los años en que se creía que el progreso se alcanzaría sólo saliendo del pueblo. Mis abuelas, Catalina y Concepción, trabajaron toda su vida: vendiendo frutas o plantas medicinales en el mercado y en un puesto de dulces en la calle; cuidando, primero a sus hermanos y luego a sus hijas e hijos que crecían uno tras otro, enseñándoles el mundo y consolando su corazón; también dando soporte emocional o económico a quiénes fueron sus esposos o a su familia extendida. Y entre estas largas jornadas laborales —que realizaron desde niñas— la escuela apareció como otra carga y posibilidad durante la infancia, permeando su vida con múltiples violencias al castigarlas por hablar su lengua zapoteca. Pese a ello, las abuelas aprendieron a escribir y eso bastó para que, durante toda su vida, plasmaran sus alegrías y sus pérdidas; su gozo, su rabia y su miedo tiñeron una gran cantidad de hojas en blanco o pedazos de papel con la característica letra cursiva.

Mi madre, por otro lado, también aprendió a escribir y puso empeño en la escuela con la ilusión de asegurarse “un futuro mejor”. Sin embargo, para una mujer joven migrante, la necesidad de sobrevivir era más fuerte y tuvo que obtener un empleo para ganar dinero y satisfacer el hambre. Ella no pudo finalizar sus estudios, pero utilizó la mayoría de sus letras para construir agudos análisis sobre diversos temas, y también para escribir las largas cartas que enviaba a Estados Unidos, cuando mi padre viajó a buscar el sueño americano. Él también nutrió mi mirada: sembró en mí la pizca de curiosidad necesaria para querer conocer el mundo y me mostró, una vez más, la potencia de escribir incluso antes de hablar.

Mi genealogía femenina está formada por mi abuela paterna, la sabia curandera del pueblo, que crió a 14 hijas e hijos con paciencia y esmero mientras salía del pueblo y viajaba a la ciudad para vender lo que el abuelo cosechaba; mi abuela materna, la mujer exiliada de su familia y de la comunidad por desacatar las normas patriarcales establecidas, pero que logró una autonomía material y simbólica de la que fue consciente hasta avanzada su edad. Y mi madre, que cada día durante al menos 18 años de su vida nos llevó a la escuela con el afán de que estudiáramos “para que nos fuera mejor”.

Fue así como el hábito de escribir diarios, cartas, notas y listas de pendientes me permitió, años después, hilvanar y reconocer en esos apuntes mi propia herencia. Ellas no necesitaron escribir en la academia para hacer la vida, pero sí para historizar sus luchas y ampliar la comprensión de sí mismas. Más de medio siglo después, cada una de estas mujeres, sus palabras y su creatividad, su energía, su trabajo y su tiempo se extendieron hasta mi existencia y me dotaron de una fuerza simbólica y material para habitar de otra forma la escritura. Durante años, mis ojos curiosos las observaron, sabias y hacedoras, al moverse de acá para allá sosteniendo la vida. Entonces yo me preguntaba ¿cómo lo logran?, ¿cómo pueden?,³ ¿quieren hacerlo? Algún día voy a escribir sobre esto, me dije.

Estas historias materializan una de las tantas genealogías de quienes escribimos como mujeres porque, como afirma Noel Sosa, “no somos huérfanas ni estamos desheredadas” (2021). Las ancestras que nutren nuestro legado nos han enseñado el poder de la palabra, sacar la voz implica interrumpir el silencio y resquebrajar el encierro. A través de la escritura, ellas cartografiaron algunos de los problemas comunes y, pese al paso de los años, podemos volver a sus análisis cada que sea necesario, re-conociendo sus esfuerzos por objetivar la vida. Estas genealogías nos iluminan al mirar el mundo y rastrear nuestro deseo.

Dicen “todos” y se olvidan de la mayoría

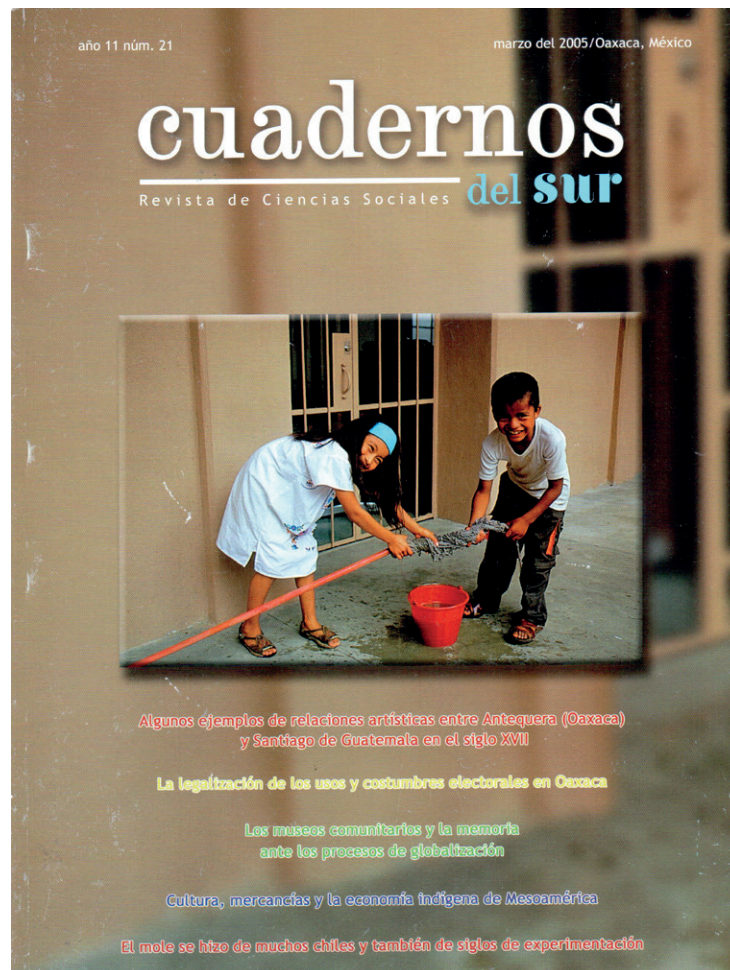
En México, como en todo el mundo, la mayoría de los programas académicos de las ciencias sociales se centran en revisar a un cúmulo de autores —sí, en masculino— que en algún momento de la historia tuvieron una idea brillante y generaron los aportes teóricos que hasta el día de hoy se leen insistentemente. Esto no es un hecho aislado que sucedió por casualidad. En ese sentido, este apartado teje algunos hilos analíticos para comprender por qué la escritura de las mujeres se ha desestimado y limitado hasta el punto de no considerarla parte de la producción de conocimiento válido y riguroso. Lo que yo planteo aquí no es desestimar los aportes que los “hombres ilustres” han realizado, pero sí cuestionar por qué han sido ellos quienes más han redactado y cuáles han sido las razones por las que su saber ha sido más valorado. ¿Qué condiciones sociales, políticas y económicas les permitieron hacerlo? Mientras ellos escribían, ¿quiénes se encargaban de gestionar la alimentación, la limpieza y la tranquilidad a su alrededor? Y, sobre todo, ¿dónde hemos estado nosotras?

La mirada masculina nos invisibiliza

Históricamente, el patriarcado ha impuesto y sostenido lo masculino como paradigma de lo humano, en consecuencia, sólo las personas con cuerpo de varón tuvieron el poder de conceptualizar las cosas; todo fue definido desde su perspectiva (Facio, 1992). Así, el conocimiento científico —el más valorado, pero no el único— fue determinado por la visión androcéntrica incuestionable. De hecho, hasta finales del siglo XVIII falsamente se creía que las únicas actividades que constituyen y moldean la vida social son aquellas que los hombres han considerado importantes y dignas de estudio (Harding, 1998).

Así, al hacer referencia y escribir desde “el hombre” como ser universal se esperaba que las mujeres se sintieran incluidas en dicha categoría. Decían “todos”, pero se olvidaban de las mujeres, aun siendo la mayoría del género humano. Y como lo invisible no se cuestiona, las problemáticas que afectaban a las mujeres fueron —y continúan siendo— minimizadas, omitidas y activamente borradas porque se consideraban asuntos irrelevantes, sin significación académica (Evans, 1998).

El cerco asfixiante que limita y elimina todo indicio de sabiduría y conocimiento femenino ha cumplido su función: refuerza la dominación y el establecimiento de jerarquías patriarcales. Por un lado, el hecho de que el conocimiento escrito se construya desde la perspectiva masculina dominante dota de fuerza los postulados y los hace incuestionables. Sin embargo, esto crea vacíos epistémicos significativos



que sólo han podido ser iluminados a partir de la experiencia particular de las mujeres y los cuerpos feminizados.

Por otro lado, incluso cuando se realizaba investigación sobre asuntos que competen a las mujeres, eran ellos quienes decidían cuáles eran las cuestiones importantes y dignas de estudio, asumiendo que sabían y tenían más que decir que las propias mujeres de sí mismas. Esta dinámica no ha quedado en el pasado, aun en el siglo XXI se reproduce y se actualiza. Finalmente, cabe destacar que esta escritura ginepe ha dificultado la producción de la autoridad femenina, tanto simbólica como material, al impedir la transmisión de la experiencia entre mujeres y volver irreconocibles las genealogías que nutren las luchas desplegadas.

La desigual carga de trabajo

Gracias a la estructura patriarcal el mundo se ha dividido entre lo que les corresponde a las mujeres y aquello que atañe a los hombres: el tiempo, el espacio y el

trabajo han sido asignados cuidadosamente, siempre beneficiándolos al dotarlos de más poder y posibilidades. Nuestras abuelas o madres, por ejemplo, no tenían las mismas cargas de trabajo ni los mismos horarios que los hombres de sus familias: mientras ellos iban al campo a sembrar y a cuidar a los animales, o salían a la ciudad para vender carbón o asistir a sus empleos, ellas se encargaban de preparar los alimentos, de cuidar a las y los niños, de limpiar la casa, y de organizar y gestionar el trabajo dentro de la unidad de reproducción.

Con el objetivo de cumplir esas labores efectivamente, ellas tenían que sobreponer actividades y extender su tiempo realizando varias cosas a la vez, siempre apoyándose en otras, sus hijas, hermanas o madres. Mientras ellos tenían una o dos tareas específicas, y una jornada delimitada, ellas cargaban con una lista mental de pendientes interminables que siempre se actualizaba.

Para las mujeres que no pertenecían a las élites, escribir se convirtió en un reto continuo, pues —salvo algunas que tenían las condiciones materiales concretas— significaba una labor para la cual no tenían tiempo ni energía suficiente. ¿Quién iba a tener ganas de escribir luego de levantarse a las cinco de la mañana para iniciar su trabajo y, con suerte, terminarlo a las 10 de la noche? Y aún con ganas, ¿cuánto tiempo y dónde podían dedicarse a ello? Por eso no es casualidad que la mayoría de los textos reconocidos tengan una autoría masculina, incluso aunque no se hayan encargado plenamente de su producción. Mientras los hombres teorizaban, las mujeres garantizaban “la reproducción de la vida” (Federici, 2013), es decir, creaban las condiciones materiales, emocionales y temporales necesarias para que ellos pudieran dedicar horas y horas a pensar, observar e investigar.

Al no preocuparse por cocinar un plato de sopa, por limpiar su habitación o lavar su ropa, y mucho menos por cuidar a sus hijas o hijos, estos hombres se enfocaron a escribir sin preocupación y sin culpa alguna; cavilar y descansar les estaba permitido. Durante siglos, los grandes pensadores han construido conocimiento a costa de apropiarse del trabajo, del tiempo, de la energía y de los afectos de las mujeres que los rodeaban. Mientras tanto, nosotras hemos tenido que pensar y tejer análisis mientras hacemos y, luego, hemos luchado por generar las condiciones de posibilidad para escribir.

Excluidas de la escuela

La escuela —como una de las principales instituciones de adiestramiento— se construyó sobre cimientos patriarcales y se ha encargado de reproducir ideas y prácticas que perpetúan la subordinación de las mujeres. Hasta principios del siglo

xx ésta imponía límites que, por un lado, validaba la producción teórica masculina y, por otro lado, dificultaba o impedía el acceso a las mujeres, y por lo tanto restringían su producción escrita.

Con la llegada de la escuela a las comunidades, se priorizó que fueran los hombres quienes estudiaran para que tuvieran mayores oportunidades en el mundo laboral y pudieran sostener económicamente a su familia. Se creía, más por tradición que por efectividad, que las mujeres no necesitaban aprehender conocimientos teóricos, porque al casarse el marido se haría cargo de ellas y su única función sería cuidar de la familia; su asistencia a la escuela se veía como una mala inversión, una pérdida de tiempo y de dinero. Esto reforzó las prácticas de tutelaje y control sobre las mujeres, pues aun si se empeñaban en escolarizarse necesitaban el permiso de un hombre, primero de sus padres y luego de sus esposos. Incluso en ese ámbito, difícilmente podían elegir libremente sobre sus vidas.

Además, cuando ellas lograban estudiar o dedicaban su tiempo a formarse y se atrevían a dudar y escribir cuestionando los preceptos patriarcales, los castigos como las humillaciones públicas, los golpes y hasta los asesinatos no se hacían esperar. En su momento, Sor Juana, Rosario Castellanos, Elena Garro, Leonora Carrington, así como algunas de nuestras abuelas o bisabuelas, lograron sortear esas sanciones, burlaron los límites y se defendieron. Fueron anomalías en el sistema que nos mostraron y nos compartieron su fuerza desatando hilos de creatividad, gozo y deseo.

Producir otras formas de habitar la escritura

Hasta hace unas décadas las mujeres fueron la inspiración, las musas que impulsan, pero que difícilmente se les reconoce como productoras de conocimiento. Como si en el mundo sólo existiéramos para asuntos secundarios, desde la mirada masculina nuestra presencia se desdibujó, reforzando la política de silenciamiento que opera acallando la voz y borrando las memorias femeninas. Al mismo tiempo, los hombres expropiaron nuestras creaciones, materiales y simbólicas, nos despojaron de los saberes y les pusieron sus nombres.

Pese a ello, a lo largo de todo el siglo xx, las mujeres y los feminismos comenzaron a disputar espacios, tiempos y lenguaje con gran intensidad, insistiendo en que “reconocer la importancia de las experiencias femeninas como recurso para el análisis social tiene implicaciones (...) para la estructuración de la vida social en su totalidad” (Harding, 1998, p. 21). Una larga lucha ha sido necesaria para arrebatarnos



lo que nos corresponde, para poder firmar como autora principal, para plasmar y compartir lo que, muchas veces, sólo nosotras percibimos del mundo porque somos “sujetas cuya experiencia de opresión y lucha interroga a un contexto complejo de dominación, mostrando otros lados perversos del poder” (Cumes, 2012, p. 3). Nuestra posición social, política y económica nos permite acercarnos a dimensiones vitales a los que los hombres difícilmente pueden acceder, e incluso si lo hacen su percepción es significativamente distinta.

En ese sentido, ante las múltiples dinámicas de explotación y despojo que el ensamblaje patriarcal, colonial y capitalista despliega actualmente, los análisis de las mujeres son vitales si queremos ampliar la comprensión de lo que está sucediendo. Por eso ahora como antes, las mujeres no aguardamos pasivamente a ser escuchadas o miradas, desplegamos estrategias que nos han permitido crear, compartir y comunicar otra forma de percibir el mundo, nutriendo el conocimiento sobre nosotras mismas e indagando en asuntos que nos atañen en la cotidianidad. Poco a poco, desafiando la lógica patriarcal pugnamos para rastrear coloridas y creativas maneras de habitar la escritura.

Uno de los caminos más fértiles para gestionar la creación ha sido poner la sensibilidad en el centro, es decir, acercarse a lo que incomoda o sorprende, a lo que quizá aún no puede ser nombrado plenamente pero que salta a la vista, eriza la piel o, incluso, produce dolor, rabia o frustración, pero también gozo y alegría. Por

supuesto, en cada texto hay una mezcla de todas esas sensaciones que, aunque parezcan contradictorias, nutren la curiosidad y permiten afinar la mirada sobre lo que se investiga. No es casualidad que seamos las mujeres quienes más producimos conocimiento sobre la violencia de género, los feminicidios o el trabajo que realizamos: a nosotras nos interesa porque somos quienes lo sentimos.

Así, al ejercitar la palabra escrita y dotarnos de un lenguaje particular, novedoso y resignificado, también logramos ampliar nuestra riqueza epistémica, situada, sensible y crítica. Construimos, entonces, un piso común de comprensión política que nos permite poner la propia vida en el centro, esquivar las mediaciones patriarcales (Gutiérrez et al., 2018) y defender nuestras creaciones.

Escribir para organizar la experiencia: el papel de *Cuadernos del Sur*

Escribir un texto es una tarea larga que nace, principalmente, de la intención de comprender algo que se desconoce o se cuestiona. Cuando la incomodidad al no comprender es fértil, se busca ir más allá para obtener respuestas y generar más preguntas, lo que es sumamente potente para hacer estallar múltiples y coloridos pensamientos que se conectan con los de otras personas, se mecen y se tejen para ampliar la visión en este mundo que habitamos y nos habita.

Luego surge la tarea de ordenar lo que se sabe y crear conexiones analíticas. En ese sentido, las mujeres insistimos en la vitalidad de organizar la experiencia para recuperar los saberes y rastrear las luchas del pasado que permiten tejer sentidos comunes (Méndez, 2017) y nutrir nuestra fuerza. Al prestar atención a aquello que se ha encarnado en la historia y en el cuerpo es posible hacer del sentir escritura, y motivar la creatividad para transitar caminos que nos lleven a narrar de múltiples formas lo que nos interesa.

Posteriormente, ya que se ha creado el texto que contiene una serie de análisis estructurados y ordenados, hay que compartirlo. No basta con investigar, escribir y dejar los hallazgos en un estante en la esquina de la casa o de la institución académica, donde las hojas se llenarán de polvo y telarañas. Hay que darse a la tarea de divulgar esas creaciones para permitir que contribuyan a organizar la experiencia de otras.

En ese sentido, la revista *Cuadernos del Sur* es un andamio vital para dar a conocer investigaciones críticas. Por 30 años ha constituido uno de los principales

medios de divulgación de las ciencias sociales al compartir novedosos hallazgos y aportaciones teóricas, al mismo tiempo que nutre necesarios debates contemporáneos para cuestionar y ampliar la comprensión del mundo.

Como fuente de conocimiento, *Cuadernos del Sur* ha reforzado la mirada analítica rigurosa sobre problemáticas que trastocan múltiples ámbitos de la cotidianidad, principalmente en diferentes zonas del sur-sureste de México, pero sin excluir otras geografías. En Oaxaca, la revista es un medio de consulta enriquecedor que ilumina y produce interés genuino. Y, por otro lado, al posibilitar la publicación, motiva y facilita la organización de la experiencia, al mismo tiempo que contribuye a contrarrestar todo intento de minimizar, invalidar o borrar saberes aún no escritos.

A modo de cierre

A lo largo del texto mostré cómo, históricamente, la estructura patriarcal se ha empeñado en silenciar la voz y minimizar los conocimientos de las mujeres, particularmente al limitar, ocultar y eliminar los agudos análisis que han construido. Sin embargo, haciendo uso de la creatividad, ellas han resquebrajado el silencio y generado estrategias para habitar de múltiples formas la escritura. Partiendo de coordenadas concretas, situándose, han logrado tejer hilos que dotan de sentido y permiten historizar su vida y sus luchas.

Al objetivar y transmitir sus experiencias y análisis concretos, las mujeres nutren y consolidan la riqueza material y simbólica que facilita, por un lado, contribuir a la producción de autoridad femenina epistémica y, por otro lado, reconocer sus creaciones para poder defenderlas. Recuperar las memorias es vital para dar cuerpo a las genealogías que nos acompañan.

Estimular la capacidad de interrogar de otra forma la realidad se hace fundamental para continuar problematizando cuestiones que se consideran normales y se obvian en el día a día. Al pensarnos por nosotras mismas, sembramos y recuperamos parte de la fuerza que nos han expropiado durante años; escribir permite reorientar nuestra energía y tiempo para construir un piso común de comprensión y reavivar nuestro deseo.

Referencias

Benjamín, W.

(1942). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. Contrahistorias.

Cumes, A.

(2012). Mujeres indígenas, patriarcado y colonialismo: un desafío a la segregación comprensiva de las formas de dominio. *Anuario hojas de Wami* (17). <https://revistas.um.es/hojasdewarmi/article/view/180291>

Evans, M.

(1998). Conocimiento con género. En M. Evans, *Introducción al pensamiento feminista contemporáneo* (pp. 77-108). Minerva Ediciones.

Facio, A.

(1992). *Cuando el género suena cambios trae: metodología para el análisis de género del fenómeno legal*. Proyecto Mujer y Justicia Penal.

Federici, S.

(2013). *Revolución punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Traficantes de sueños.

Gutiérrez, R., N. Sosa e I. Reyes.

(2018). El *entre mujeres* como negación de las formas de interdependencia impuestas por el patriarcado capitalista y colonial. Reflexiones en torno a la violencia y la mediación patriarcal. *Revista Heterotopías*, 1(1). <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/heterotopias/article/view/20007/23152>

Haraway, D.

(1995). Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial. En D. Haraway, *Ciencia, ciborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza* (pp. 313-146). Cátedra.

Harding, S.

(1998). ¿Existe un método feminista? En E. Bartra, *Debates en torno a una metodología feminista* (pp. 9-34). Universidad Autónoma Metropolitana.

Méndez, E.

(2017). *De relámpagos y recuerdos. Minería y tradición de lucha serrana por lo común*. Universidad de Guadalajara-CIESAS-Cátedra Jorge Alonso.

Sosa, N.

(2021). *De la orfandad al linaje. Luchas feministas en el Uruguay postdictadura*. Universidad de Guadalajara-CIESAS-Cátedra Jorge Alonso.